



## UNAMUNO SALMANTINO

### SENDEROS

ANTONIO MATILLA  
SACERDOTE



La víspera de San Juan de Sahagún -leonés- **Pablo Unamuno Pérez** recibió de manos de **Alfonso Fernández Mañueco**, alcalde de Salamanca, la Medalla de Oro de la ciudad concedida a título póstumo, por unanimidad de la Corporación municipal, a su abuelo **Don Miguel de Unamuno y Jugo**, vasco de nación, vizcaíno del bocho y, desde ese día, hijo adoptivo de Salamanca. El leonés quiso poner *paz en la guerra* de los Bandos y lo consiguió; el vasco pretendió excitar las conciencias, poner en marcha una *guerra civil* de los espíritus para reformar el catolicismo anquilosado, devol-

ver la dignidad a la patria decadente, denunciar la injusticia de Directorios y Dictaduras y proclamar su decepción por los excesos de la República que a él, como a **Ortega**, tan cercanos y tan distantes, les hacía exclamar por boca de este último: 'No es eso, no es eso'. Como premio, en vida, **San Juan** fue envenenado y **Don Miguel** deportado.

Como dijo el alcalde en su discurso, Salamanca ha sido y es una ciudad de contradicciones. Tal vez por ello **Don Miguel**, que había llegado hasta aquí por el fracaso en otras oposiciones, fue adentrándose poco a poco en el espíritu de aquel poblachón de veinte mil habitantes, en el que convivían edificios magníficos con casas miserables, hasta empatizar con las gentes y meter a la ciudad en su corazón, poniéndola por testigo de que él, simplemente, nada menos, había sido. Esta ciudad

fue, en el pasado reciente, ejemplo de Nacionalcatolicismo y, a la vez, crisol en el que se fraguó, en sus dos Universidades, sobre todo por los teólogos que todavía son y los juristas que hasta hace poco han sido, la separación entre la Iglesia y el Estado, paso fundamental en el advenimiento de la democracia y de la Constitución de 1978. Estoy seguro de que **Don Miguel** agradece las distinciones, pero no se deja ablandar por ellas y sigue denunciando que en esta ciudad universitaria hay miles de analfabetos; continúa dejándose ganar el corazón por la gente de los barrios, cuyas casas normalitas, algunas en riesgo de derrumbe, disimulan su pobreza con el esplendor deslumbrante de los monumentos de la capital europea de la cultura; y frunce el ceño ante una juventud desanimada ante el futuro y uniformizada por el dogma de las tecnologías. ■